

He oído decir que cuando algún suceso extraño o naturaleza sobrenatural acontece a algún ser humano, dicho ser, no importa lo deseoso que se sienta de ocultarlo, se siente en ciertos momentos sobrecogido por una hecatombe de índole racional que lo obliga a desvelar los secretos más hondos de su espíritu a otra criatura. Yo mismo soy testigo de la verdad que esto implica. Me he jurado con toda solemnidad no revelar nunca a oídos humanos los horrores a los que me entregué por entero una vez, en mis arrogantes excesos de villano. El hombre santo que escuchó mi confesión y me reconcilió con la Iglesia está muerto. Nadie sabe que en una ocasión...

¿Y por qué no debería ser de esta manera? ¿A santo de qué relatar una historia de providencia tentada de la forma más impía, sobre la humillación más honda de un alma humana? ¿Por qué? ¿Respóndeme, tú que eres sabio y conoces los secretos de la naturaleza humana! Sólo sé que es de esta manera; sin embargo, a pesar de esta firme resolución, de un orgullo

## TRANSFORMACIÓN

intenso que me gobierna, de la vergüenza, e incluso del terror a volverme odioso para los seres humanos, debo hablar.

¡Génova! ¡Orgullosa ciudad que me vio nacer! Apostada sobre las olas azules del mar Mediterráneo. ¿Me recuerdas, un muchacho cuyo mundo lo componían tus acantilados y tus promontorios, y la esfera celeste brillante, y la tierra de alegres viñedos? ¡Tiempos gozosos! Cuando la inocencia y el placer se unen en los corazones jóvenes, cuyo estrecho universo permite, precisamente mediante dicha limitación, la libertad necesaria para que la imaginación dirija nuestras energías. Y aun así, ¿acaso puede alguien mirar hacia el pasado y no recordar sus congojas, sus angustiosos miedos? Yo nací con el espíritu más imperioso, altanero e indomable con el que nunca fue obsequiado mortal alguno. Sólo la figura paterna conseguía que mi corazón se encogiera de miedo; y mi progenitor, un espíritu noble y generoso, pero caprichoso y tirano, al mismo tiempo alentaba y mantenía bajo control la impetuosidad salvaje de mi carácter, obligándome a la obediencia y sin mostrar respeto alguno por los motivos que inspiraban mis acciones. Ser un hombre libre, independiente, o, en otras palabras, insolente y autoritario, era la esperanza y la plegaria de mi alma rebelde.

Mi progenitor tenía un amigo, un noble adinerado genovés, al que sentenciaron de un día para otro al exilio durante un tumulto político, y al que confiscaron sus propiedades. El marqués de Torella se marchó al exilio en soledad. Al igual que mi padre era viudo. A su una única hija, la pequeña Julieta, la dejó bajo la tutela de mi progenitor. No dudo que si no me hubiera visto obligado a convertirme en el protector

de la hermosa muchacha, me habría erigido como el más déspota de los amos. Varios incidentes de naturaleza infantil se confabularon para que Julieta acabara viendo en su pilar mi persona, su refugio; por mi parte, yo había visto en ella un alma demasiado sensible para este mundo, indefensa si no hubiera sido por mis cuidados como guardián. Crecimos juntos. La rosa que florece durante el mes de mayo no era capaz de superar en dulzura a la querida niña. Sobre su rostro irradiaba la belleza. Su figura, sus andares, su voz... Mi corazón se lamenta incluso ahora al pensar en todo aquello que era confiado, amable, adorable y puro en aquella fortaleza celestial. Cuando cumplí once años y Julieta tenía ocho, un primo mío, que contaba con más años que nosotros —es justo decir que a nuestros ojos parecía un hombre—, se fijó en mi compañera de juegos y comenzó a llamarla su prometida, e incluso le pidió que un día se desposara con él. Ella rehusó y, tras insistir, mi primo la atrajo con fuerza hacia él. Me abalancé sobre él con la expresión y las emociones de un maníaco, e intenté desenvainar su espada. Me agarré a su cuello con toda la ferocidad de la que fui capaz, resuelto a estrangularlo. Mi primo se vio forzado a pedir ayuda para lograr desembarazarse de mí. Aquella misma noche llevé a Julieta a la capilla de nuestra casa, la hice tocar las reliquias sagradas, torturé a su corazón de niña y logré profanar sus labios infantiles con la promesa de que sería mía, y solamente mía.

Al cabo pasaron aquellos días. Torella regresó al cabo de varios años, convirtiéndose en un hombre más rico y próspero que nunca. Cuando cumplí diecisiete años murió mi padre; se había mostrado magnífico en su prodigalidad, de manera

## TRANSFORMACIÓN

que era Torella quien ahora se congratulaba de que mi corta edad le ofreciera una oportunidad para reparar mis exiguas fortunas. Julieta y yo nos habíamos prometido en el lecho de muerte de mi padre, y Torella sería como un segundo padre para mí.

Ver el mundo era mi deseo, y en el mismo fui complacido. Viajé a Florencia, a Roma, a Nápoles; de ahí pasé a Tolón, y al cabo alcancé lo que había sido el objetivo de mis deseos: París. La situación en París era escandalosa. El pobre rey, Carlos VI, unos días cuerdo, otros loco, en otros comportándose como un monarca auténtico, en otros como un mero esclavo, era el objeto de todas las burlas, despreciado por el conjunto de la humanidad. La reina, el delfín, el duque de Borgoña, a ratos amigos y a ratos enemigos acérrimos, unos días compañeros de agasajos en suntuosos festines, otros derramando sangre entre rivales, eran ciegos al miserable estado de su país, y a los peligros que lo acechaban, y se entregaban con abandono a los placeres más disolutos tanto como a los conflictos más salvajes. Mi personalidad no me abandonó en mis viajes. Me mostraba arrogante, lleno de prepotencia; adoraba exhibirme, y, sobre todas las cosas, rechacé cualquier forma de control sobre mi persona. ¿Y quién podría controlarme en París? Mis jóvenes compinches alentaban aquellas pasiones que pudieran retribuirles algún placer a ellos mismos. A mí se me consideraba apuesto, y poseía todas las dotes de un caballero. No me relacionaba con ningún partido político; en lugar de ello, me convertí en el favorito de varios. Tanto mi osadía como mi arrogancia podían disculparse en alguien tan joven, y me convertí

en un niño malcriado. ¿Quién podría controlarme? Definitivamente, ni las cartas ni los consejos de Torella. Tan sólo la necesidad, que me visitaba en la aborrecida forma de una bolsa vacía. Sin embargo, existían diversos métodos para rellenar este vacío. Acre tras acre, finca tras finca, me dediqué a venderlo todo. Mi traje, mis joyas, mis caballos y sus equipos no tenían rival en el París más deslumbrante, mientras las tierras que constituían mi herencia pasaban a la posesión de otros.

El duque de Borgoña abordó en un camino y asesinó al duque de Orleans. El miedo y el terror se adueñaron de todo París. El delfín y la reina se recluyeron, y todo jolgorio fue suspendido. Este estado de cosas me aburría, y mi corazón echaba de menos los escondrijos favoritos de mis años jóvenes. Me encontraba prácticamente reducido a la condición de mendigo, pero a pesar de todo regresaría a reclamar a mi prometida, y reconstruiría mi fortuna. Algunas empresas comerciales bien escogidas volverían a convertirme en un hombre rico. A pesar de mi penosa situación, no tenía la más mínima intención de regresar con mi humilde apariencia. Mi última acción fue desprenderme de la última propiedad que me quedaba, una finca cercana a Albaro, por la mitad de su valor, con el propósito de obtener una suma rápida. De inmediato envié todo tipo de artesanos, cortinajes y mobiliario de esplendor regio para acondicionar la última reliquia de mi herencia, mi palacio en Génova. Todavía me retrasé un tanto, avergonzado del papel de hijo pródigo que me temía debería interpretar. Envié primero mis caballos, entre ellos uno español negro azabache sin parangón para mi prome-